

## OTHERNESS

¿Cómo nos vemos a nosotros mismos? ¿Quién queremos ser? ¿Qué imagen proyectamos? ¿Qué convencionalismos sociales imponen una determinada manera de estar en el mundo? ¿Es nuestra identidad tan nítida como creemos o se reformula constantemente a lo largo de nuestra vida?

«Quizás el individuo no debería ser considerado como algo completo y definido sino, más bien, una consecución de yoes que se van dando la mano, como en una cadena de dominó», dice **Raquel Algaba** (Madrid, 1992). La artista de la **Galería Arancha Osoro** (Oviedo), trabaja en su obra acerca de la incapacidad de autodefinirnos de manera cerrada e inmutable. Somos sujetos en un estado de *work in progress* que nos reformulamos continuamente a partir de una multiplicidad de fragmentos.

La complejidad de la identidad es explorada por **Roger Sanguino** (Venezuela, 1968), de **DDR Art Gallery** (Madrid), por medio de unos retratos que comienza trabajando en óleo y que finaliza incorporando un entramado de hilos de acero que se superponen a los rostros generando una especie de «camuflaje o segunda piel». ¿Ocultan su verdadero yo? ¿Se enmascaran ante una sociedad que reclama la nitidez aunque sea a costa de la hipocresía? Simon May en *El poder de lo cuqui* (Ediciones Alpha Decay, 2019) reflexiona:

*El fraude alimentado por el culto a la sinceridad también termina desquiciando nuestra identidad: si nos negamos a aceptar que la persona que somos «genuinamente» es, en gran medida, opaca y que no estamos en condiciones de asumir que nuestras palabras y actos expresen más que fragmentos o momentos de nuestro ser, en vez de un yo constante, coherente y transparente, entonces estaremos conduciendo nuestra vida en función de una imagen falsa de nosotros mismos.*

El Yo inaprehensible fue objeto de profundo análisis en el Romanticismo. Los personajes de Friedrich encarados a la inmensidad del paisaje se enfrentaban, en segunda instancia, al vértigo de sí mismos, «al vacío lacerante de un negativo infinito y abismal en el que la subjetividad se rompe en mil pedazos» según expresó Rafael Argullol en *La atracción del abismo. Un itinerario por el paisaje romántico* (Acantilado, 2006). Como los sujetos

solitarios del pintor alemán cuyo viaje romántico es la búsqueda del Yo, los protagonistas de las obras de **Federico Granell** (Asturias, 1974) de **Galería Metro** (Santiago de Compostela) se sitúan, empequeñecidos, ante la sublimidad de un paisaje que les empuja a reencontrar sus señas de identidad.

Un paisaje de inmensidad desbordante también es aquel escenario en el que el artista **Jorge Hernández** (Huelva, 1973), de **Galería Aurora Vigil-Escalera** (Gijón), emplaza a muchos de los protagonistas de sus trabajos. Pero los sujetos de sus escenografías han avanzado un nivel frente al sujeto heredado de la pintura romántica. No se sitúan cara a cara ante la grandiosidad de la naturaleza, sino que, entre ambos, hay un elemento intermedio: unas gafas de realidad virtual. El abismo ahora es el metaverso. La búsqueda del Yo se diluye y la línea entre la identidad real y la virtual cada vez es menos nítida. Ambas se funden y confunden. Así explica Jordi Pigem en *Pandemia y posverdad* (Fragmenta Editorial, 2021) los riesgos de la tecnología:

*Vamos hacia una sociedad cada vez más alienada, ya intuyó Erich Fromm. En su breve ensayo “The present human condition” (“La condición humana actual”), publicado en 1955, advertía que vamos hacia una sociedad tan rebosante de prodigios tecnológicos como carente de sabiduría para usarlos, una sociedad en que las personas no guían a la tecnología, sino que la tecnología las guía a ellas.*

Frente a esta nueva circunstancia, ¿puede la identidad individual ser dirigida por cada cual de forma exclusiva? Agustín Fernández Mallo, en *La mirada imposible* (Wunderkammer, 2021), habla sobre la imposibilidad de la «identidad autocreada»:

*La idea de que el sujeto arma su propia identidad y más o menos la controla no es más que una mentira consoladora. La identidad nos la construyen los otros en un proceso que incluye exclusivamente su mirada, y en el que poco o nada podemos intervenir. Ahora mismo, a lo largo y ancho del planeta Tierra, y ya sea directamente con nuestros nombres y apellidos o a través de datos y metadatos de segunda mano, hay decenas, centenas, millares de informaciones en las que cada uno de nosotros aparece; la identidad individual es entonces la suma e interacción mutua de todas esas informaciones que no solo no controlamos sino de las que tan siquiera tenemos ni jamás tendremos conocimiento; son para cada cual de nosotros una mirada externa e imposible. Asusta pensar que la identidad individual, lo que realmente soy, no está en mí sino fuera de mí, construida por otros. Desde una*

*acepción contemporánea del término, la identidad es entonces una red compleja, producto de lo que los demás dicen que somos, no el núcleo cerrado y subjetivo de lo que cada cual piensa de sí mismo.*

La identidad como autoconstrucción sería, en palabras de Fernández Mallo, «una proyección delirante, una alucinación del ego» ¿Quién se esconde, entonces, detrás los personajes de **Carsten Brauer** (Kassel, 1966), de **Galería Uxval Gochez** (Barcelona)? ¿Hasta qué punto esos rostros conocidos pueden controlar la mirada que se posa sobre ellos? Su identidad la hemos ido construyendo como espectadores por medio de la difusión en los medios icónicos de masas. Las nuevas tecnologías han acelerado y aumentado exponencialmente la «imposibilidad de una identidad autocreada». Cuanto más tiempo pase un usuario absorto en los dispositivos o aplicaciones, más información se puede extraer de su personalidad. Nuestro rastro digital es como una huella dactilar. El hombre y la mujer que dibuja **Chamo San** (Barcelona, 1987) de **N2 Galería** (Barcelona), no levantan la cabeza de la pantalla. Cada *like*, cada *match* y un puñado de *hashtag* configuran su «identidad-red». Señala Jordi Pigem:

*Nuestro mundo no es perfecto, pero es un mundo feliz, al menos en apariencia, en el escaparate, en el anuncio, en el selfie, y en el yo que se exhibe a través de las redes sociales. En ese mostrar públicamente un yo retocado, los individuos incorporan lo que ya era habitual en empresas y organizaciones: desviar la atención y los recursos de la realidad a la apariencia, del producto al anuncio, del rostro a la máscara.*

El sujeto contemporáneo interpreta un doble papel. Por un lado, es actor de su identidad teatralizada y, por otro, es turista de su propia identidad cuando son otros los que la construyen. Los retratados por **Costa Gorel** (Moscú, 1993) de **Dr.Robot Gallery** (Valencia), hedonistas y desenfadados, se adaptan bien a esa doble narrativa. El *collage* de identidades supone para ellos una nueva práctica de la libertad. Sin embargo, la superposición o alternancia de máscaras (auto)impuestas limitan el acceso al Yo profundo. El crítico de arte y escritor John Berger y su hijo, el pintor Yves Berger, mantuvieron un lúcido diálogo por correspondencia entre los años 2015 y 2016. En *Tu turno* (Editorial GG, 2022) Yves le escribe a John:

*Hay un dicho en francés que dice: “Je peux lire en elle/Luis comme dans un livre ouvert” [“Puedo leer en ella/él como en un libro abierto”]. ¿No es esta una forma*

*muy bonita de expresar este deseo que tenemos de acceder a lo que hay dentro? El interior de los que confrontamos y su misterio. Cómo deseamos penetrar en el mundo exterior, no para controlarlo, sino para sentirnos más plenamente parte de él, para trascender el aislamiento que sentimos en nuestra carne y superar la terrible frontera del cuerpo...*

¿En qué medida el cuerpo supone una frontera para acceder a quiénes realmente somos? **Oliver Okolo** (Nigeria, 1991), de **OOA Gallery** (Sitges), pinta la negritud y defiende la identidad racial de sus retratados. El artista toma como punto de partida referencias del arte occidental para deconstruir discursos hegemónicos y derribar fronteras levantadas por el color de piel. **Jordi Díaz Alamá** (Barcelona, 1986) de **Inéditat** (Barcelona), da un paso más aunando la reivindicación racial y de género en la misma obra. Partiendo de la figura del torero, icono de hombre blanco heteronormativo, el artista viste de luces a un hombre negro que empodera su color y su sexualidad.

En el ensayo *Hiperculturalidad* (Herder, 2018), Byung-Chul Han sostiene que la desfactificación del mundo actual, aunque conlleva muchos inconvenientes, guarda algún aspecto positivo:

*El horizonte se descompone en posibilidades multicolores a partir de las cuales se pueden construir identidades. En el lugar de un yo monocromático entra un yo multicolor, un «colored self».*

El Yo monocromático, tan alejado de los retratos de Okolo y Díaz Alamá, lo encarnaría el hombre con sombrero hongo de Magritte. En palabras del pintor surrealista: «El sombrero hongo no representa ninguna sorpresa. Es un sombrero poco original. El hombre con sombrero hongo es el hombre común y corriente». Los cánones establecidos, los estereotipos, la uniformidad de una sociedad que tiende a expulsar lo distinto y que siempre está preparada para juzgar y decir a los demás qué hacer o quién ser...

*Siempre me aconsejaron que fuera otro / y hasta me sugirieron que tenía / notorias cualidades para serlo / por eso mi futuro estaba en la otredad*

*el único problema ha sido siempre / mi tozudez congénita / neciamente no quería ser otro / por lo tanto continué siendo el mismo*

Benedetti rechaza en sus versos la impostura que obliga a ser otro. *Le Fils de l'home* de **Xurxo Gómez-Chao** (A Coruña, 1960) de **Moret Art** (A Coruña) parece dispuesto a huir de la identidad genérica vinculada al hombre con sombrero hongo. Los pinceles de su indumentaria ganan peso frente a la manzana que lo convierte en anónimo tapando su rostro. Frente a los convencionalismos, el *colored self*. Frente a la identidad monocromática, el Yo multicolor.

Natalia Alonso Arduengo  
Comisaria invitada Art Madrid'23